

¡Oh! Si cada uno de nosotros, guiados por un espíritu verdaderamente cristiano, hiciésemos las mismas reflexiones, produciría en nosotros idénticos resultados: aprenderíamos á vivir bien para conseguir la preciosa muerte de los justos.

La muerte viene la mayor parte de las veces á herir al hombre, cuando mas confiado se halla en vivir y por consiguiente cuando menos la espera. Por esto Jesucristo, que dió su vida por nosotros y que desea que todos nos aprovechemos de su sangre, vertida con tanta caridad por nuestro amor, nos advierte que estemos prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo pensemos (1). No lo des, hombre insensato, que pasas tus dias en la embriaguez y en otros vicios, cuando mas descuidado te encuentres vendrá la muerte, te sorprenderá en medio de tus festines, y te conducirá al sepulcro. Oyelo tú tambien, jóven disoluto, que te aletargas en el lecho de tus criminales placeres y que aplicas á tus lábios la ponzoñosa copa de los deleites: esa belleza que arrebató tu atencion y ante la cual quemas el incienso que debes á tu Dios, será un dia presa de la muerte y tú tambien serás arrebatado del número de los vivientes. Hombre avaro y egoista, á quien la usura sirve de instrumento para atesorar bienes de fortuna, con la ruina del huérfano ó del padre afligido: llegará un dia, tal vez mas pronto de lo que crees, en que te verás obligado á abandonar ese caudal que suda sangre, y que pasará á otras manos, porque la muerte te arrancará de tu morada, en la que adoras esa falsa

(1) Estote parati: quia qua hora non putatis, filius hominis veniet. Luc. cap. XII, v. 40.

divinidad que encierras en tus cofres, y te encerrará en la oscuridad del sepulcro. La muerte, sí, está prevenida para sorprendernos en el dia mas alegre de nuestra vida; para detenernos en medio de nuestra veloz carrera. Asi lo ha hecho con muchas personas que conociamos y amábamos en la tierra, y cuyo fallecimiento nos hizo verter lágrimas de desconsuelo. Asi tambien lo hará con nosotros. La muerte nos sigue por todas partes: ella cuenta nuestros pasos y nos acecha de continuo. ¿Cuándo moriremos? ¡Oh! Yo no lo sé: pero lo sabe Dios que dispone á su arbitrio de la vida de sus criaturas. Lo único que yo sé con la mayor certeza, con evidencia, es que infaliblemente hemos de morir.

Ahora bien: si hemos considerado las victorias de la muerte sobre la humanidad; si hemos visto la necesidad de morir, veamos ahora los medios de que podemos servirnos para conseguir el triunfo sobre la muerte.

SEGUNDA PARTE.

¡Con que la muerte ha de despojarnos de todo cuanto poseemos! Asi es, cristianos, como acabamos de demostrar. Polvo y ceniza es nuestro fin. Pero yo os preguntaré: ¿Es todo materia? ¿Está todo en nosotros sujeto á descomposicion? ¿No quedará de nuestro sér racional, otra cosa que ese polvo á que hemos de quedar reducidos despues de la muerte? ¡Ah! Triste sería en este caso nuestra suerte. Pero alegráos, pues que tenemos la parte principal y mas excelente de nuestro sér racional que es el alma y esta no muere: está destinada para ser eternamente feliz ó eterna-

mente desgraciada, y aun nuestro mismo cuerpo que se descompone y queda reducido á polvo, resucitará tambien en el dia del juicio para ser participante de la suerte del alma. Luego debemos trabajar con constancia á fin de triunfar de la muerte, haciendo por nuestras buenas obras, que ella sea el principio de nuestra verdadera vida en la gloria. ¿Y qué es lo primero que debemos hacer para conseguir este triunfo? Lo primero, teniendo en cuenta que la muerte ha de despojarnos de todo cuanto poseemos, adelantarnos nosotros y desasirnos de todo. Pasarán algunos años, algunos meses tal vez, algunos dias y todo acabará para nosotros: familia, parientes, amigos, y hasta nosotros mismos seremos prontamente olvidados. ¡Tristes reflexiones! Pero ello es que nos es de gran utilidad el hacerlas. Cada uno de nosotros debe exclamar: ¿Qué quedará para mi, dentro de algun tiempo, cuando sea arrebatado por la muerte? Nada; absolutamente nada. ¿Pues por qué me afano tanto por las cosas del tiempo? ¿Por qué corro presuroso en busca de honores y grandezas tan poco estables y duraderas? ¿Por qué entrego á las criaturas este corazon que pertenece á Dios?

Estas reflexiones han llevado á muchos santos á la felicidad que hoy disfrutan en el cielo. La consideracion de la muerte, la contemplacion de la pequeñez ó la nada de las cosas terrenas, les hicieron renunciar á todo y consagrarse esclusivamente al amor y al servicio de Dios. ¿De qué armas se sirvieron para vencer á la muerte? ¿De qué modo obraron para conseguir sobre ella un verdadero triunfo? Fija la vista en la felicidad del cielo, trabajaron por vencer las pasiones, sufrieron con resignacion los trabajos, fueron fuertes en las

persecuciones, pacientes en las enfermedades, y vivieron en una continua vigilancia, para no ser arrastrados por las tentaciones, al abismo del pecado.

No sucede esto desgraciadamente en la mayor parte de los cristianos, que perdiendo de vista la felicidad del cielo y la posibilidad de una muerte desgraciada, viven tranquilos en medio de los placeres y aman tan solamente aquellas cosas que, por un poco de tiempo, pueden halagar su corazon. Así insensibles ya á las santas inspiraciones y á las bondades del cielo, tan solamente pueden ser movidos por el pesar de perder el mundo, mas bien que por el de perder el cielo.

El primer medio, pues, para triunfar de la muerte, es el desasimiento voluntario de lo que hemos de dejar por fuerza. ¿No es una verdad infalible, que la muerte nos ha de separar por necesidad y por fuerza de todo lo que amamos? ¿Pues cuánto mas útil nos será desprendernos de todo ello por virtud? Ahora que todavía estamos en tiempo, prevengámonos con una muerte evangélica para recibir la muerte natural, y digamos siempre con el Apóstol: Sí, Dios mio, quiero morir todos los dias á todo (1). El pensamiento de la felicidad del cielo, el desasimiento que voluntariamente habia hecho de todas las cosas de la tierra, hacia esclamar á Santa Teresa de Jesus: *muero porque no muero.*

Jesucristo en el deseo de nuestra salvacion, nos habla repetidas veces en el Evangelio de la necesidad de estar prevenidos para la muerte por la incertidumbre del tiempo en que vendrá. «Temed, nos dice, que

(1) Quotidie morier. I ad Cor. cap. XV, v. 31.

vuestro último día no venga sobre vosotros como una tempestad, y que las aguas de un mortal diluvio no os sorprendan sin recurso.» En la parábola de las vírgenes necias nos hace comprender la necesidad de tener encendidas las lámparas con el aceite de las buenas obras para la llegada del celestial esposo, y como medio para poder entrar en el salón de las bodas. El Señor que nos ha de llamar, es el que puede salvarnos ó condenarnos, y nos advierte que estemos preparados (1).

Ahora bien, cristianos: si la muerte es infalible; si necesariamente ha de llegar, si Jesucristo nos advierte que estemos siempre preparados para recibir el golpe, ¿por qué viven tantos hombres en el mayor descuido, pensando en todo menos en la muerte? ¿Por qué es tan raro ver á uno que pronta y voluntariamente lleve á cabo el desapropio de las cosas terrenas? La razón es porque siempre se mira la muerte como muy lejana. Fiados en la salud, en la robustez, en la juventud, los que son aficionados á las cosas de la tierra, las aman, ponen el corazón en las criaturas, cualquier belleza arrebatada su atención, y si no pueden hacerse la ilusión de que no morirán, al menos viven en la esperanza de que no morirán tan presto. ¡Vana ilusión! La muerte misma parece que se ha encargado de desvanecer tan halagüeña esperanza, toda vez que cada día, y á nuestra vista, arrebatada y conduce al sepulcro, niños apenas desenvueltos de las fajas de la infancia, doncellas que pocos días antes eran ricas de salud, jóvenes que eran la esperanza de un risueño porvenir para sus familias. Ora recoje sus víctimas

(1) Estote parati. Luc. cap. XII, v. 40.

en el lecho del dolor, y despues que han sufrido los rigores de una penosísima enfermedad, ora en medio de los festines: ya arrastra tras sí al decrepito anciano, ya al infante, tierno capullo apenas abierto á la primavera de la vida. El momento menos previsto es el de la muerte, y allí donde tal vez pensamos prolongar nuestra existencia viene á arrebatarnos. Oza fué sorprendida por la muerte cerca del Arca; Absalon muere del modo mas horroroso cuando se dirigia con sus tropas á combatir á su padre David; Jezabel en su ventana, y Baltasar en aquel banquete sacrilego en el que profanaba los vasos sagrados. ¡Oh, si nosotros pudiéramos ahora leer el libro de los destinos de la humanidad! Si pudiéramos saber cuándo y de qué modo hemos de ser sorprendidos por la muerte, sin duda que nos estremeceríamos y que saldríamos de este templo vertiendo las mas copiosas y amargas lágrimas. ¡Qué cercano está mi último fin! diria cada uno de vosotros, y todos os dariais prisa á practicar penitencias para purificar vuestras almas y alcanzar la misericordia del Señor. Pues bien, cristianos: yo quiero conceder que goceis una vida dilatada; pero aunque hayais de permanecer cien años sobre la tierra, ¿la mayor parte de vosotros, no teneis ya pasada la mitad de este tiempo? ¿otros no contais la tercera parte? Deseo, pues, que fijeis la atención en el tiempo que habeis pasado. ¿No es verdad que se os figuran cuatro días? ¿Todo ese tiempo no ha pasado como el humo delante de vuestros ojos? Pues de este mismo modo, con tanta velocidad, se pasará el resto de vuestra vida. ¿Y qué obras buenas habeis hecho en el tiempo que el Señor os ha concedido de vida? Si la muerte os sorprendiera en

este instante, ¿os encontraríais con la conciencia tranquila, suficientemente preparados para el viaje de la eternidad? ¡Ah! Que ya os oigo suspirar, y esos suspiros que salen de vuestros corazones me hacen comprender que algo os falta que hacer. Pues bien: á tiempo estais: no endurezcáis vuestros corazones, porque el endurecimiento del corazón, dice San Gregorio, conduce á creer distante la muerte, aun estando á sus umbrales (1).

Otro de los medios para estar preparados y triunfar de la muerte, es el continuo recuerdo de ella y de los otros novísimos: pensemos en la muerte y hallaremos la hermosura despojada de sus atractivos, y las grandezas del mundo sin estímulo para nosotros (2). Pensemos en la muerte y nos avergonzaremos de nuestra vida pasada. Sea lo que fuere lo que hiciéres, dice San Gerónimo, ten presente la muerte (3).

Si, pues, hemos visto, M. A. O. las victorias que la muerte hace sobre la humanidad, pues que no hay criatura alguna que pueda verse libre de ella, procuremos prepararnos por los medios que se han indicado, á fin de que á nuestra salida del mundo entremos en la morada de los justos. Pensemos continuamente en nuestro último fin, y lograremos dicha tan inestimable.

Vuestra gracia, amabilísimo Redentor de la humanidad, nos es indispensable, si hemos de caminar sin tropiezo por entre los peligros mundanales, y hemos de conseguir una muerte que sea preciosa á vuestros divinos ojos. Dignaos concedérnosla, pues que si

(1) Dura mente abesse longe mors creditus, etiam cum sentitur. S. Greg. lib. 8 Mor.

(2) Memorare novissima tua. Eccli. cap. VII, v. 40.

(3) Quidquid facias, respice finem. D. Hier. Exist. ad Heliód.

hasta el presente no nos hemos aprovechado de vuestras santas inspiraciones, ya conocemos nuestro error y le lloramos, y en prueba de que nuestro arrepentimiento es sincero, y de que deseamos alcanzar vuestra misericordia, os decimos de lo íntimo de nuestro corazón: *Señor mio Jesucristo, etc.*